

Claudia Palacios

HemBRujaS

**Muchas voces
de una lucha en la
que faltan hombres**

 **Planeta**

© Claudia Isabel Palacios Giraldo, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Diseño de la cubierta: Gabriel Henao

Departamento de diseño, Editorial Planeta Colombiana

Primera edición: diciembre de 2019

ISBN 13: 978-958-42-8392-4

ISBN 10: 958-42-8392-8

Impresión: xxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A mi madre, María Teresa;
a mi hermana, Diana; y
a mi sobrina, Isabella,
las mujeres que más quiero.*

A las mujeres de mi país.

CONTENIDO

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1: LAS EMBLEMÁTICAS	17
María Teresa Arizabaleta Vda. De García	19
Olga Amparo Sánchez Gómez, María Cristina Suaza Vargas, Florence Thomas y Claudia Mejía Duque	27
Mónica Roa López	41
CAPÍTULO 2: ACTIVISTAS Y EMPRENDEDORAS	51
Mía Perdomo Zárate	53
Nadia Sánchez Gómez	61
Joanna Prieto Ruiz	67
Lucy Peñaloza Valero	73
Natalia Espitia Perilla	79
Paula Moreno	85
Clara Inés Solano De Roa	92
Geraldine Pomato	96
Marcela Henao Álvarez y Mariángela Villamil Cancino	101
CAPÍTULO 3: LAS ROMPE ESQUEMAS	111
Luz Marina Bustos Castañeda	113
Natalia Gaitán Laguado	123
Camila Basto Zabala	130
Zaida Amparo Baquero Torres	136
Ledania	141
Diana Carolina Avella Rodríguez	147
Paola Jara	154
Liss Pereira Ordóñez	161
Alejandra Azcárate Naranjo	169
Maripaz Jaramillo	179
Gloria Stella Ortiz Delgado	184
Ana Fernanda Maiguashca Olano	192
María José Ramírez Botero	206
María Victoria Riaño Salgar	213
Sandra Forero Ramírez	226
Mónica De Greiff Lindo	233
Paulina Encinales Silva	240
Dolly Montoya Castaño	251

Nubia Muñoz Calero	258
Adriana Noreña Sekulits	264
Laura Restrepo Casabianca	269
Olga Behar Leiser	275
Camila Zuluaga Suárez	281
Noemí Sanín Posada	287
Piedad Córdoba Ruiz	297
Cecilia López Montaña	306
Dilian Francisca Toro Torres	319
Marta Lucía Ramírez Blanco	331
Angélica Lozano Correa	338
CAPÍTULO 4: EL CUERPO, LA BELLEZA, LA SEXUALIDAD	347
Lina Triana Lloreda	349
Camila Barrera Salcedo y Nereyda Lacera Reales	356
Isis Tijaro Sarmiento	363
Susana Bueno Lindo	372
Paola Méndez Aguilar	380
Tatiana Andrade Mejía y María Camila Sanjinés Encinales	385
Paula y María Teresa Barreto Velásquez y Laura Restrepo Ortiz	392
Margarita Rosa De Francisco Baquero	401
Marta Royo Ruiz	408
Tatiana Piñeros Laverde	415
Marcela Sánchez Buitrago	425
CAPÍTULO 5: LAS CREYENTES	435
Olga Lucía Álvarez Benjumea	437
Carmiña Navia Velasco	445
Sandra Mazo Cardona	450
CAPÍTULO 6: LAS MÁS VULNERABLES Y VULNERADAS	459
Maisa Covalada Candamil	461
Elsy Serna Gómez, Liliana y Jineth Bedoya Lima	469
Claudia Quintero Rolón	477
Fidelia Suárez Tirado	483
Claribed Palacios Gracia y María Roa Borja	489
Edilia Mendoza Roa	493
Sandra Medina Boada y Ligia Sánchez Salamanca	497
Madeleine Manzano Palma	501
Dayana Urzúa Domicó y Alejandra Llano Quintero	504
Verónica Puerto Rodríguez, Salomé García Fonseca, Laura Montaña Leal y Ana María Nariño Espitia	513
AGRADECIMIENTOS	523

PRÓLOGO

Pensé que este libro iba a ser para mujeres, pero es más para hombres. No dudo que ellas encontrarán útiles, inspiradoras, emulables y poderosas muchas de las anécdotas y reflexiones que hacen las 83 mujeres que han compartido sus testimonios para este proyecto. Sin embargo, serán sin duda los hombres los que descubrirán más cosas que ignoran. Por eso ellos son los destinatarios principales de estas historias, pues tienen que ver con lo que han sido o dejado de ser.

Soy una convencida de que sin los hombres, el feminismo no puede seguir evolucionando a buen ritmo. Estamos en la intersección de un camino, en una encrucijada, ante la posibilidad de seguir avanzando por vías opuestas o de meternos todos en la misma ruta. La información sobre las bondades de transitar juntos está a la orden del día: mayor desarrollo económico, más justicia, derechos humanos para todos, relaciones más armónicas. No me detendré en ella, porque no es el propósito de este libro. No obstante, hay grandes resistencias e indiferencias. La selección de los personajes de este libro tiene el objetivo de contribuir a vencerlas. Confío en que las historias de niñas desde los 12 años hasta las de mujeres de más de 80, de emprendedoras, políticas, artistas, víctimas, pioneras, entre otras, generen la empatía para que los lectores vean la relación entre comportamientos cotidianos y sutiles con problemas macro, como el acoso laboral y el feminicidio. Igualmente, deseo que estas letras sean el empujón que saque a

muchas mujeres del cascarón de miedo e inseguridad en el que viven, pues de nada valen los derechos logrados con las leyes y sentencias, si las mujeres no hacen uso de ellos.

Lo que estas mujeres han vivido también les ha sucedido a mujeres que usted conoce, incluso a las que más quiere. Es muy probable que a todas les pasara debido a un hombre, que seguramente es, como usted, un buen hombre. Si al empezar a leer no se siente aludido, lo invito a que vuelva a leer y piense.

Hay que partir de la base de que los hombres, *per se*, prestan menos atención a lo que dicen las mujeres. Está probado con estudios, como se lo oí explicar a Juan Camilo Cárdenas, decano de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes. Entonces, sugiero que esa segunda lectura se haga en modo preguntas: ¿A alguna mujer que conozco le ha pasado algo así? ¿Estoy de acuerdo con eso? ¿Podría prevenirlo o corregirlo? ¿Alguno de mis amigos ha hecho algo así? ¿Qué puedo hacer yo para evitarlo? ¿Cómo me sentiría si le pasara a mi hija? Esta última pregunta la destaco, porque un común denominador en los relatos de mis invitadas fue la figura del padre. Los progenitores que son conscientes de su influencia como figuras masculinas en la vida de sus hijas se las arreglan para darles desde temprana edad una caja de herramientas mejor equipada para enfrentarse a las desigualdades de la cultura patriarcal.

Llegó el momento de que los hombres adquieran protagonismo en el empoderamiento femenino o lucha feminista, como quieran llamarlo. Tampoco es propósito de este libro entrar en esta discusión, que ni las mismas mujeres hemos terminado de resolver. A este punto el nombre no importa tanto, lo que pesa es la conciencia con la que cada uno aporte a esta revolución de la sociedad.

Ahora dejaré el pudor a un lado para compartir mis motivaciones más personales e íntimas para escribir este libro,

intentando ser tan generosa como lo fueron las personas que hablaron conmigo para armarlo.

Tengo 42 años, un hijo de 18 y tres matrimonios encima, dos de ellos con la misma persona. El primero de estos fue por embarazo y el temor de perder mi trabajo si no formalizaba esa unión; y el segundo, por la ilusión de formar una familia, según el concepto tradicional de la misma. Tener la oportunidad de rehacer mi vida sentimental con mi actual esposo me ha hecho reflexionar sobre los aciertos y errores de mis relaciones de pareja. Y aunque es cierto que lo que trasciende no es la caída, sino levantarse, creo que hubiera podido tener unos noviazgos más tranquilos y estables, y una sexualidad más responsable y satisfactoria, si hubiera tenido herramientas para pensarme y proyectarme como mujer en el plano emocional. La verdad, hubiera querido que un libro como este llegara a mis manos cuando tenía quince años. Como todavía no lo hay, y estoy segura de que hay miles de niñas, adolescentes y mujeres adultas repitiendo lo que yo viví, decidí hacer el libro que creo les puede servir.

Las librerías, en años recientes, se han llenado de libros fabulosos y diversos sobre feminismo y mujer, pero en su mayoría son de corte académico, histórico, intelectual; o de mujeres maravillosas, pero lejanas a la realidad colombiana.

Mi madre también fue una motivación para escribir este libro. Diagnosticada con Alzheimer a sus 63 años, se separó de mi padre el día en que sus cuatro hijos, entre los 3 y los 14 años —de los que yo soy la mayor—, fuimos testigos de una brutal golpiza que él le propinó a ella. Fue la última de varias que recibió en silencio, inventando accidentes para justificar su rostro irreconocible por los moretones. Soy el resultado de la fortaleza de mi madre, a quien lamento no haberle sabido agradecer como ella hubiera querido, cuando aún era consciente, lo que hizo por mí y mis hermanos a costa de sacrificar su vida; no solo soportando

maltrato físico, sino sometida a estresantes jornadas de arduo trabajo. En la medida en que acumulo años, más comprendo su dolor y más valoro su esfuerzo.

Estas letras, entonces, también van dirigidas a tantas mujeres que puedan estar viviendo una historia similar. La lección que aprendí es que, como cualquier ser humano, las mujeres debemos pensar primero en nosotras como individuos. Ese halo de sacrificio con el que se describe a las buenas madres y esposas no es más que otra forma de dominación de la cultura patriarcal. La maternidad y el matrimonio deben ser un disfrute, otra fuente más para alimentar el placer que históricamente nos ha sido negado a las mujeres.

Una tercera motivación fue mi carrera profesional, llevo 22 años ejerciendo el periodismo y, aunque no puedo decir que he tenido que hacer algo que me haya dejado cicatrices o vergüenzas, debo reconocer que he vivido situaciones que hubiera preferido manejar de otra manera. Hoy sé que no lo hice porque no era consciente de que las cosas podían y debían ser diferentes; y porque, cuando lo era, no supe cómo hacerlo. Aprender a decir 'No' me tomó tiempo. A muchas mujeres no les han enseñado ese derecho desde niñas; al contrario, nos confunden los buenos modales con el agradar y el complacer. También hoy sé que no es mi culpa el ambiente malsano que propicia y hasta celebra el acoso disfrazado de caballerosidad o de camaradería. Por eso, por más que las mujeres nos empoderemos para enfrentar y agotar esas situaciones en nuestra vida cotidiana, si los hombres no hacen la parte que les corresponde, poco avanzaremos.

Como con mi anterior libro, *Perdonar lo imperdonable*, recomiendo leer este despacio, quizá una entrevista por día, o día por medio. No porque sus historias sean desgarradoras como las de dicho libro, sino porque se requiere tiempo para apropiarse de cada una, para trascender las anécdotas y darse cuenta de que

las causas de las mismas siguen a la orden del día en nuestra cotidianidad y para sacar conclusiones sobre cómo podemos eliminarlas y/o atender asertivamente sus consecuencias. Por eso, son ustedes, los y las lectoras quienes realmente le pondrán punto final a esta obra.

Sé que muchas mujeres que reúnen las características para contar su historia en este libro, se quedaron por fuera. Por fortuna, se necesitaría un infinito número de páginas para que las que ejercen su rol con conciencia de género, esmeradas en despejar el camino para las que vienen detrás, cuenten sus anécdotas y hagan sus reflexiones. En el proceso de elaboración del libro recibí muchas sugerencias de nombres de mujeres que debían estar aquí. A ellas les agradezco su comprensión por no tenerlas en cuenta... Inicé este trabajo con la idea de entrevistar a treinta mujeres, pero en el proceso de elaboración encontré imposible cubrir el amplio espectro de las mujeres colombianas con solo esas historias. Paré en 83 por razón de tiempo y espacio. A todas, menos a las que además de la colombiana tienen otra nacionalidad o utilizaron sus nombres artísticos, les añadí sus segundos apellidos: es mi manera de honrar a sus madres.

Esta es también una apuesta en el mundo digital. Por eso fui documentando el proceso de elaboración del libro con un Facebook Live con cada una de las invitadas a participar. Todas contestaron las mismas siete preguntas y ustedes tienen acceso a las respuestas al escanear con su celular los códigos QR que acompañan cada una de las entrevistas. Estas fueron las preguntas: ¿Cuál fue el primer momento en que se dio cuenta de que, por ser mujer, la vida era más desafiante? ¿Qué situación de género, si la pudiera volver a vivir, manejaría de manera diferente? ¿Cuál es su mensaje para las mujeres? ¿Cuál es su mensaje para los hombres? ¿Es feminista? ¿Cuál es su mensaje para las feministas? ¿Cómo le pondría a este libro?

Esta última tuvo el propósito de generar una encuesta en mis redes sociales para invitar a la gente a votar por el nombre que considerara más apropiado y llamativo. Al final de ese ejercicio y de la habitual lluvia de ideas que suele hacerse con la editorial para bautizar cada libro, he escogido un acrónimo de tres palabras: HEMBRUJAS. Hembra, porque creo que es la palabra que describe al sexo femenino con su connotación de fuerza y su poder creador. Brujas, porque creo que hay que eliminar los estereotipos de los apelativos con los que algunos buscan descalificarnos, y porque habla de nuestro sexto sentido, ese que nos diferencia de los hombres. Por cierto, ¡que viva la diferencia! No somos iguales, cosa distinta a no tener derecho a exigir igualdad de condiciones. Y embrujas, porque creo que el momento que la historia nos brinda a la sociedad para alcanzar la equidad de género requiere un poder casi sobrenatural, que nos alinee a los seres humanos al margen de nuestras ideologías; y, además, porque el uso de esa palabra en nuestro contexto apela a algo entre fascinante, divertido, como creo que debe ser este capítulo de la historia por los derechos de género. Además, aunque no me lo propuse, no puedo dejar de notar que la palabra empieza con H de hombre, a quienes invito a leer este libro, y luego invitaré a recopilar sus historias para un nuevo trabajo, que bien podría llamarse HOMBREJOS.

CAPÍTULO 1
LAS EMBLEMÁTICAS

LA LUCHA NO SE HA ACABADO:

María Teresa Arizabaleta
Vda. De García

Usted está luchando por los derechos de las mujeres desde que tenía ocho años, ¿a esa edad sí sabía de qué hablaba?

Lo que me gustaba era tener poder, porque la gente hacía corrillo para oírme hablar. Una vez que promoví echarle agua del trapeador a una profesora, me castigaron y me quedó gustando, porque el castigo fue ponerme en un salón donde yo oía hablar de política a los profesores, y eso me encantó. Entonces me hice castigar varias veces para poder volver a oírlos hablar. Cuando se dieron cuenta de que esa era una estrategia mía, me invitaron a oírlos sin necesidad de hacerme castigar. Así conocí a Esmeralda Arboleda, que era quince años mayor que yo y ya estaba en la lucha por el voto femenino. Nos hicimos amigas y lo fuimos hasta que murió.

¿Pero, cómo es que ella la mete a usted en la lucha por el voto si usted era una niñita de ocho años?

Seguro Esmeralda me escogió porque yo tenía facilidad para hablar y para que la gente me pusiera cuidado. Así empecé a viajar con ella de ciudad en ciudad, aunque no entiendo cómo logró que mi mamá le diera permiso de llevarme, siendo yo tan niña.

Creo que su papá creía mucho en usted...

Mamacita, mi papá hacía que a mí me tuvieran que guardar el puesto en la mesa, así llegara tarde; y si alguien se sentaba, se tenía que parar cuando yo llegara. Mi papá hizo un culto a la primera mujer que tuvo. Mi mamá nos obligaba a ir a misa todos los días, para que mi papá se convirtiera. Un día le dije: ¿papá, vos creés en Dios?, y me respondió: “Yo creo en vos”.

¿Sería por eso que usted se tenía tanta confianza desde tan chiquita?

Seguramente. A una niña la violó el odontólogo y quedó embarazada. A todas nos prohibieron jugar con ella, cosa que me parecía horrible, entonces no hice caso. Y cuando mi mamá me fue a llevar a donde ese mismo odontólogo, no me dejé. Luego, a una tía mía se le mató el marido y la obligaron a ponerse un velo negro y a vivir en la casa de mi tío Manuel, que se creía ‘la nalga de Dios’. Y yo, con solo unos siete años, no soportaba verla así, entonces le dije: quitate ese velo y nos vamos al parque. No te imaginás lo que fue eso. Luego ella se enamoró y se casó por lo civil y la excomulgaron... mi mamá lloraba como si Lucila se hubiera muerto. Esos son los recuerdos que tengo de que, desde niña, me daba rabia que a las mujeres no nos trataran bien.

Usted ha sido muy precoz en lo más fundamental de la vida... se casó con el único novio de su vida, que supo que sería su esposo cuando usted tenía siete años...

Cómo te parece que Daniel, mi esposo, fue a llevar a mi casa las fotos de mi primera comunión, porque su papá fue el fotógrafo, cuando yo tenía siete años. Ese día le dije a mi mamá que él me parecía lindo. Luego me di cuenta de que él iba a verme a la salida del colegio, pero no se animaba a decirme nada... hasta que un día yo me le acerqué y le dije: lléveme los libros siquiera. Y se va

conmigo hasta la esquina, porque si mi papá lo ve, mejor dicho. Obviamente mi papá se dio cuenta y le oí decir con preocupación que yo iba terminar enamorada de “el hijo del fotógrafo”, así que le dije a Daniel que no volviera a buscarme. Pero, al cabo de unos días, me lo encontré y le dije que me había hecho falta, así que ahí arrancamos el noviazgo. Entonces mi tío Manuel, otra vez él, que se las daba de mucho café con leche, fue a reclamar por qué yo andaba con ese muchacho, y le dije: no sea grosero... y le voy a decir una cosa, yo ya me di cuenta de que la hija de su muchacha del servicio es hija suya. Le dio un infarto a ese berraco y a los días se murió.

(Risas) ¡Uy!, peligrosa usted. Bueno, ¿cómo fue la lucha por el voto femenino?

Hay dos periodos muy distintos. El primero fue por el derecho al estudio, que nos lo enseñó la señorita Matilde en las charlas del colegio. Luego vino la lucha por el voto, que requería una transformación muy grande de la sociedad civil y política, que era totalmente patriarcal. Esa lucha duró como veinte años. Me volví más papista que el papa, porque el papa Pío XII estaba de amores con el voto femenino en Italia para salvar al país del comunismo. De otra parte, Gaitán decía que nos teníamos que capacitar para poder votar y yo me preguntaba por qué los hombres que me parecían incapaces sí podían votar sin capacitarse. En todo caso, conseguimos el derecho al voto en el 54, gracias a una reforma constitucional. Y te cuento que yo hice una cosa mala. Conseguí un notario que me habilitara la edad, porque en esa época se votaba de los 21 en adelante y yo tenía 20. ¡Pero cómo no iba a votar a la primera si llevaba más de diez años luchando por el voto! Al final no me tocó hacer uso de ese fraude, porque no hubo elecciones sino hasta el 57, que fueron las del plebiscito por el Frente Nacional, y yo ya había cumplido la edad legal para votar.

Hoy nadie diría que las mujeres no deberíamos tener derecho a votar, pero imagino que cuando ese derecho no existía, luchar por él era un despropósito. ¿Qué recuerdos tiene de la resistencia a la que ustedes se enfrentaron?

Un médico amigo de mi papá me dijo que las mujeres no podían votar, porque eso era acabar con la feminidad. La gente mayor tenía tanta resistencia contra el voto femenino, como la tienen quienes hoy se oponen al aborto. Por ejemplo, yo tenía un tío que era dueño de una emisora de radio y le pedí que dejara hablar ahí a Esmeralda Arboleda y a la señorita Matilde, que era la rectora del colegio donde yo estudiaba, quien también estaba en la lucha por el voto femenino; pero no las dejaron porque sabían cómo pensaban.

Hoy en día a las feministas les dicen feminazis, ¿cómo les decían en esa época?

Nos desacreditaban mucho, nos decían machorras y marimachas. No te imaginás lo que me chocaba eso, porque yo siempre me he sentido muy orgullosa de ser mujer.

¿Qué destaca usted de las mujeres que lideraron la lucha por el voto?

La unión. La lucha por el voto femenino no tuvo raza, ni partido, ni clase social. Estábamos todas, por ejemplo, había muchas que a mí no me gustaban porque eran godas, pero trabajaron y eso hay que reconocerlo: María Correa, la Ospina Pérez, Soledad Uribe de Acosta, Aidée Anzola, Lucila Rubio de Laverde... muchas.

Después de la lucha por el voto, usted siguió luchando desde la universidad, tanto como estudiante y como maestra, por otros temas de mujeres.